



Almas y cuerpos



DAVID LODGE

*Traducción del inglés a cargo de
Mariano Peyrou*



IMPEDIMENTA



Para Ian Gregor

*¿Qué podemos saber? ¿Por qué tiene que
haber algo siquiera? ¿Por qué no la nada?
¿Qué debemos hacer? ¿Por qué hacer lo que hacemos?
En última instancia, ¿por qué y ante quién somos responsables?
¿Qué podemos esperar? ¿Por qué estamos aquí?
¿Cuál es el significado de todo esto?
¿Qué nos dará el valor para enfrentarnos a la vida y
qué nos dará el valor para enfrentarnos a la muerte?*

HANS KÜNG, *Ser cristiano*

I

CÓMO ERA

Son poco más de las ocho de la mañana en un oscuro día de febrero del año de gracia de 1952. La depresión atmosférica se ha aliado con el humo del carbón de un millón de chimeneas para cubrir Londres con una espesa cortina. Una fría llovizna cae sobre las calles estrechas y anodinas que se extienden al norte del Soho y al sur de Euston Road. Pero, a juzgar por el oscuro interior de la iglesia de Nuestra Señora y San Judas, un edificio neogótico de piedra gris que se apretuja entre un banco y un almacén de muebles, podría seguir siendo de noche. El amanecer invernal se revela demasiado débil como para penetrar los vitrales, revestidos por una segunda y una tercera capa de hollín y de guano respectivamente; representan escenas de la vida de Nuestra Señora con San Judas, patrón de las causas perdidas, que destaca en primer plano mientras ella asiste a su propia coronación en el cielo. En las hornacinas de las paredes laterales, las velas votivas iluminan

de manera intermitente las figuras de yeso de diversos santos, paralizados en actitud de súplica o de exhortación. Lo cierto es que la iglesia cuenta con lámparas eléctricas, que penden del oscuro techo por medio de unos largos cables, como si hubieran hecho descender una serie de linternas hacia el fondo de un pozo; pero, para ahorrar, solo se han encendido unas pocas de ellas: las que se encuentran sobre el altar y sobre la parte central de las primeras filas de bancos, donde se reúne la magra congregación. Mientras murmuran sus respuestas (se trata de una misa dialogada, una innovación reciente destinada a aumentar la participación de los seglares en la liturgia), su aliento se condensa en el aire helado y húmedo, como si sus plegarias se hicieran visibles momentáneamente, antes de ser absorbidas por las inescrutables sombras de la cúpula, atravesada por numerosas vigas.

El sacerdote, de pie en el altar, se da la vuelta con un frufrú de sus rojas vestiduras (hoy se celebra la festividad de un mártir, San Valentín) y se dirige a la congregación.

—*Dominus vobiscum.*

Hay ocho jóvenes presentes, incluyendo al monaguillo que se encuentra en el altar.

—*Et cum spiritu tuo* —contestan.

El chirriar de los goznes y un estruendoso ruido sordo, procedentes de la parte trasera de la iglesia, anuncian la llegada de algún rezagado. Mientras el sacerdote se gira hacia el altar para leer el ofertorio y el resto hojea sus misales en busca de la traducción al inglés, todos oyen el apresurado repique-teo de unos zapatos de tacón alto sobre los azulejos que recubren el pasillo central. Una chica rolliza y jovial, con una pañoleta húmeda anudada sobre su pelo rizado y oscuro, hace una veloz genuflexión y se instala con rapidez en un banco, junto a otra joven, que lleva sus rubios cabellos cubiertos

por una mantilla negra de encaje, exhibiendo un aspecto de lo más recatado. La chica de la mantilla vuelve la cabeza para dedicarle una sonrisa de bienvenida a la recién llegada, y de paso le muestra su perfil al rechoncho joven de la trenca que se sienta justo detrás de ella; este parece admirarlo. La morena rezagada arruga la nariz y arquea las cejas en una cómica señal de remordimiento. Ahora son nueve, además del sacerdote y un par de ancianas inmóviles que no están ni sentadas ni de rodillas, sino posadas sobre el banco en una posición a medio camino entre esas dos posturas; se hallan envueltas, como un par de extraños paquetes, en varios abrigos y prendas de lana, y cualquiera diría que fueron abandonadas por sus familias tras la misa del domingo pasado y que llevan ahí desde entonces. Sin embargo, no nos interesan estas ancianas, cuyo tiempo en este mundo está a punto de agotarse, sino los jóvenes, cuyas vidas adultas acaban de empezar.

Resulta evidente, por sus largas bufandas a rayas y por sus bolsos y carteras llenas de libros, que son estudiantes de alguna facultad de la Universidad de Londres, que no queda muy lejos de allí. Todos los jueves del periodo lectivo, el padre Austin Brierley, el joven coadjutor de Nuestra Señora y San Judas, que es una especie de capellán extraoficial de la Sociedad Católica de la Facultad (pues el capellán y la capellanía oficiales, que se encargan de toda la universidad, disponen de una sede mucho más majestuosa, como les corresponde), dice misa a las ocho de la mañana para los miembros de su grupo de estudio del Nuevo Testamento y para los demás alumnos católicos que deseen asistir, aunque esto les supone un gran esfuerzo. Se ven obligados a levantarse una hora antes que de costumbre en sus fríos y lejanos estudios periféricos, y a viajar en ayunas en autobuses y trenes atestados de gente, con la boca seca, debilitados a causa del hambre y con

náuseas debido al humo de los cigarrillos, para poder presenciar este ritual tan insulso que se celebra en una iglesia oscura y glacial, en el gris e indiferente centro de Londres.

¿Por qué lo hacen?

No se trata del sentido del deber, ya que los católicos solo están obligados a ir a misa los domingos y en las fiestas de guardar (y San Valentín no se cuenta entre ellas). Asistir a misa en un día laborable normal es supererogatorio (una palabra muy útil en el ámbito de la teología, relativa a aquello que excede lo estrictamente necesario para alcanzar la salvación). Entonces, ¿por qué lo hacen? ¿Acaso sienten una atracción inexorable hacia la virtud? ¿Veneran la Verdadera Presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento? ¿Vienen por hábito, por superstición o porque desean rodearse de un ambiente de camaradería? ¿O tal vez se trata de todas esas cosas juntas o de ninguna de ellas? ¿Por qué se encuentran aquí, y qué beneficio pretenden obtener?

Empecemos con el caso más sencillo: Dennis, el corpulento joven de la trenca, que tiene la capucha echada hacia atrás, mostrando un cuello plagado de marcas de acné, está aquí porque Angela, la belleza rubia de la mantilla, también está aquí. Y Angela está aquí porque es una buena chica católica, el orgullo del convento de Merseyside donde era delegada estudiantil; de hecho, fue la primera alumna de dicho centro en recibir una beca estatal para asistir a la universidad. Asimismo, es la hija mayor de unos sorprendidos tenderos que mantienen su establecimiento abierto a todas horas y que apenas se hacen una ligera idea de para qué sirve la universidad. Naturalmente, Angela se inscribió en la Sociedad Católica la primera semana de su primer cuatrimestre en la facultad; naturalmente, también se inscribió en el grupo de estudio del Nuevo Testamento en cuanto la invitaron a hacerlo; y, natural-

mente, siempre acude a las misas de los jueves por la mañana, porque ha sido educada para hacer lo correcto sin cuestionarse nada y sin que eso le suponga ningún esfuerzo. El caso de Dennis es harina de otro costal. Es católico, pero no particularmente devoto. Su madre, que más de una mañana de domingo se ha quedado afónica por gritarle desde el pie de la escalera de su casa de Hastings, intentando que se levante a tiempo para llegar a misa, se quedaría pasmada al verlo aquí, por voluntad propia, entre semana y a una hora tan temprana. Dennis también está bastante pasmado. No deja de bostezar y tiritar, a pesar de la trenca, y se muere de ganas de desayunar y fumarse el primer cigarrillo del día. Este plan no le parece especialmente divertido, pero no tiene elección: no soporta perder de vista a Angela ni un segundo más de lo necesario, y siempre la acompaña hasta la puerta del Departamento de Francés antes de marcharse a toda prisa a sus clases de Química. En cuanto la vio en el baile de Navidad, supo que tenía que hacerla suya. Con su jersey rosa de angora y su falda negra de tafetán, aquella joven parecía un sueño hecho realidad. Su catolicismo le proporcionó una ventaja instantánea, pues Angela confió en que él no sería como los otros chicos que había conocido en los bailes y que, como solía comentar lastimeramente, se te acercaban demasiado en la pista de baile y solo te acompañaban a casa para cometer alguna grosería. Pero la fe de Dennis es un arma de doble filo, ya que lo obliga a estar a la altura de su papel: no solo debe evitar dichas groserías, tanto en sus palabras como en sus actos, sino que también ha tenido que apuntarse a la Sociedad Católica y asistir a sus aburridos grupos de estudio, además de levantarse temprano entre semana para venir a misa cuando todavía está oscuro y hace un frío terrible, por miedo a que, si no lo hace, algún otro chico católico se lleve a Angela. Dennis sospecha (muy

acertadamente) que Adrian —el joven de gafas que lleva una gabardina abrochada con un cinturón y manipula con destreza su grueso misal romano, decorado con cuatro marcadores de seda que muestran los colores litúrgicos, rojo, verde, morado y blanco— está interesado en Angela, y que muy probablemente también sea el caso de Michael —el chico moreno y de nariz chata que lleva su grasiento flequillo sobre la cara; está arrodillado en un banco unas filas más atrás y viste un abrigo de *tweed* de segunda mano extraordinariamente deformado, que le llega casi hasta los tobillos cuando se levanta para escuchar el evangelio—, pero en este punto Dennis se equivoca.

A Michael no le interesa ninguna chica en particular, sino todas las chicas en general. No quiere una relación, quiere sexo, aunque su lujuria es sumamente vaga e hipotética. Antes de entrar en la universidad, estudió en un colegio salesiano situado en los suburbios del norte de Londres; allí, los espíritus más audaces de los últimos cursos habían desarrollado una estrategia para animar la asignatura de Formación Religiosa: le tomaban el pelo al anciano sacerdote que les daba clase con dudas casuísticas relativas a la moral sexual, especialmente con la pregunta de hasta dónde se puede llegar con el sexo opuesto.

—Por favor, padre, ¿hasta dónde se puede llegar con una chica, padre?

La respuesta siempre era la misma, aunque se expresaba de distinta manera en cada ocasión: te lo dirá tu conciencia, hasta donde no te avergüence contárselo a tu madre, hasta el punto al que permitirías que otro chico llegara con tu hermana. Michael escuchaba todo esto con la mirada baja y una sonrisa boba en el rostro; nunca había llegado a ningún punto con una chica real. Y, desde entonces, tampoco ha avanzado nada. Por lo tanto, cualquier fémina de razonable atractivo le

sirve para sus propósitos, que no van más allá de lo puramente mental; eso, siempre y cuando la muchacha en cuestión tenga unos pechos perceptibles. Si Angela es la primera en quitarse el abrigo en la cafetería Lyons, donde todos irán a desayunar después de misa, él le mirará los pechos con lascivia, pero, si resulta que Polly (la rezagada) se lo quita primero, se los mirará a ella con una lascivia similar, a pesar de que tengan una forma bastante distinta; y también le sirven los pechos de las mujeres que se sientan frente a él en el metro, al igual que los pechos que salen en los libros de fotografía artística de las librerías de Charing Cross Road. De hecho, estos últimos son más efectivos porque, aunque no estén presentes físicamente, tampoco están tapados, y por lo tanto constituyen una prueba mucho más impactante de la siempre sorprendente y estimulante existencia de los pechos. En cuanto a las partes pudendas femeninas, bueno, a Michael todavía no le van (como diríamos hoy en día). Ni siquiera cuenta con un concepto verbal con el que referirse a ese orificio sin sentirse incómodo, ya que *coño* es una palabra que él y los demás asistentes a esta misa de San Valentín solo han visto escrita en las paredes de algunos baños y que jamás soñarían con pronunciar, ni siquiera en voz baja o para sí; y, aunque Michael ha visto la palabra *vagina* impresa en varias ocasiones, no está seguro de cómo pronunciarla, y además esta no parece hacer justicia a lo que significa. Tampoco está muy seguro de esto último, pues nunca ha visto ninguna que tenga más de tres primaveras, pero, en cualquier caso, por el momento le basta y le sobra con los pechos para no disminuir su febril excitación. Los pechos, y la ropa interior diseñada para ellos, son suficientes para mantenerlo en marcha. Existen abundantes recordatorios de tales elementos, o al menos su mente está muy bien calibrada para captar sus vibraciones a la menor oportunidad. Si le damos a Michael un

periódico abierto a doble página para que le eche un vistazo a un artículo de, digamos, dos mil palabras, su mirada detectará al instante los vocablos *escote* o *sujetador*. Un experimento realizado por un grupo de psicólogos estadounidenses demostró que el pensamiento de un varón sano y normal de entre dieciséis y veintiséis años se orienta hacia el sexo cada dos minutos; una vez superada esa franja de edad, el intervalo se va dilatando cada vez más (aunque nunca llega a ser demasiado largo). Pero Michael no sabe nada de esto; él piensa que es anormal, que la contaminación de sus pensamientos es obra del diablo, y se siente profundamente culpable no solo por no resistir la tentación, sino por fomentarla de manera activa. Por ejemplo, pasa por Charing Cross Road cada vez que tiene ocasión, aunque esto lo obligue a dar un rodeo considerable; y suele ir al Union Lounge, un desaliñado sótano lleno de muebles estropeados y humo de cigarrillos, a leer los baratos periódicos populares que con mayor probabilidad incluirán la palabra *escote* e imágenes de chicas enseñando esa zona, o, mejor dicho, ese hueco: ese fascinante *vide*, esa ausencia que enfatiza la presencia de las dos glándulas con mayor elocuencia que ellas mismas (o así lo expresará la jerga estructuralista que se pondrá de moda en la próxima década, aunque para Michael, en febrero de 1952, el escote resulta menos interesante que las propias tetas, que los periódicos, evidentemente, no pueden mostrar; solo se trata de un empujón que le permite seguir adelante hasta que llegue el momento de darse otro paseo por Charing Cross Road). Hace todas estas cosas sabiendo que le provocarán pensamientos impuros. Según le contó un amigo (a este se lo dijo un sacerdote durante una confesión), un pensamiento impuro es cualquier pensamiento que te genere una erección, lo cual, en el caso de Michael, no resulta muy difícil. Es casi su estado permanente durante todo el tiempo que pasa

despierto. (Veintiún años después, al leer un artículo de una revista sobre cómo se hacen las películas pornográficas en Los Ángeles, se enteraría de que los productores contrataban a unos sementales de repuesto por si el protagonista masculino no lograba tener una erección; no hacía falta actuar, lo único que se filmaba era el pene, así que solo había que conseguir que se te levantara para metérselo a la protagonista femenina. Michael pensó con pesadumbre que ese habría sido un trabajo perfecto para él cuando era joven; digo con pesadumbre, porque a aquellas alturas ya no se le levantaba con facilidad, y ni siquiera le servía de ayuda leer ese tipo de artículos, que iban acompañados de imágenes de chicas desnudas y abiertas de piernas. En aquellos días, sangraba cada vez que hacía sus necesidades, y, por lo general, cada dos minutos pensaba en la muerte en lugar de en el sexo.) Pero en 1952 Michael tiene erecciones, es decir, pensamientos impuros, con mucha frecuencia. Estos, se dice, no son más que pecados veniales, pero también se masturba muy a menudo, y eso seguro que es un pecado mortal.

Antes de seguir avanzando, probablemente convenga explicar la metafísica o la imagen del mundo que se habían formado estos jóvenes a través de su educación católica. Arriba estaba el cielo; abajo estaba el infierno. El juego se llamaba «Salvación», y consistía en llegar al cielo y eludir el infierno. Era como jugar a la oca: el pecado te enviaba directamente al pozo; los sacramentos, las buenas acciones, los actos de automortificación, te permitían avanzar hacia la luz. Todo lo que hacías o pensabas era sometido a una evaluación espiritual. Podía ser bueno, malo o neutro. Solo ganaban el juego aquellos que eliminaban lo malo y conseguían convertir en algo bueno la mayor cantidad de cosas neutras posibles. Por ejemplo, un banal viaje en

autobús (algo neutro) podía convertirse en algo bueno si uno iba rezando el rosario en voz baja, palpando tranquilamente las cuentas en el bolsillo mientras el vehículo avanzaba por la carretera. En cambio, decir el rosario abiertamente y en voz alta en una situación así resultaba más problemático. Si se trataba de un testimonio de fe, por mucho que pudiera arrancarles palabras de escarnio a los no creyentes (y siempre que se lidiara con ello mediante la paciencia y el perdón), era algo bueno; de hecho, era un acto heroico y virtuoso. Pero, si se hacía para impresionar a los demás, para llamar la atención sobre la propia virtud, era peor que neutro: era algo malo. El orgullo espiritual te llevaba al pozo de inmediato. El camino hacia el cielo estaba plagado de trampas similares. Por lo general, existía un criterio bastante seguro para orientarse: es probable que aquello que más te disgustaba hacer fuera bueno, y que aquello que te encantaba hacer fuera malo o potencialmente malo; una «oportunidad para el pecado».

Había dos clases de pecados: los veniales y los mortales. Los pecados veniales eran pecados menores que solo retrasaban ligeramente tu avance por el tablero. Los pecados mortales eran casillas terribles que podían dejarte sin turno o enviarte a la línea de salida, porque, si morías con la carga de un pecado mortal, ibas directo al infierno. Si, por el contrario, confesabas tus pecados y recibías la absolución por medio del sacramento de la penitencia, avanzabas de oca a oca por la gracia de Dios, aunque siempre llevaras contigo tu sanción: habría un castigo más o menos duro esperándote en el otro mundo. Y es que muy pocos católicos tenían la esperanza de haber alcanzado la meta celestial a la hora de su muerte. Solo los santos gozaban de tan feliz circunstancia, y considerarse un santo constituía una señal inequívoca de no serlo: una de las casillas en que uno podía caer se denominaba «presunción», y resultaba

tan fatal como la de la «desesperación». (La verdad es que se trataba de un juego muy ingenioso.) No, la inmensa mayoría de los católicos esperaba pasar primero por el purgatorio, para recibir el castigo que les correspondiera por los pecados, veniales y mortales, que hubieran cometido a lo largo de su vida. Estos pecados ya les habrían sido perdonados, se entiende, por medio del sacramento de la penitencia, pero igualmente tendrían que pagar por ello en el purgatorio. El purgatorio era una especie de campamento de tránsito en el que uno pasaba una temporada antes de encaminarse hacia las puertas del cielo. La mayoría de tus parientes fallecidos probablemente estuvieran allí, y por eso rezabas por ellos (a fin de cuentas, no tendría ningún sentido rezar por un alma que se encontrara en el cielo o en el infierno). Dedicar tus oraciones a los difuntos era como enviar alimentos a los refugiados, y resultaba aún más beneficioso si incluías unas pocas indulgencias en el paquete. Una indulgencia era una especie de cupón espiritual, obtenido gracias a algún ejercicio de devoción, que le garantizaba al portador la supresión de una parte del castigo que merecía por sus pecados. Por ejemplo, una exoneración de cuarenta días por decir cierta plegaria o una de doscientos cuarenta días por realizar determinada peregrinación. Estos «días» no hacían referencia al tiempo que uno habría de pasar en el purgatorio (un error común en la controversia protestante), pues la manera terrenal de medir el tiempo, naturalmente, no podía aplicarse allí, sino que aludían a las penitencias canónicas que prescribía la Iglesia en la Edad Media. En aquella época, los pecadores confesos se veían obligados a llevar a cabo penitencias públicas, como sentarse sobre cenizas, vestidos de arpillera, en el porche de la iglesia parroquial durante un determinado periodo de tiempo, en lugar de las penitencias meramente nominales (recitar plegarias) que se prescribían en la

Edad Moderna. Todavía se usaba la escala antigua para medir la exoneración de los castigos temporales por medio de indulgencias.

También existía un recurso llamado «indulgencia plenaria», que era una especie de premio gordo, pues invalidaba todos los castigos que merecieran tus pecados anteriores al momento de obtenerla. Podías conseguir una de estas, por ejemplo, yendo a misa y tomando la sagrada comunión el primer viernes de nueve meses consecutivos. En teoría, si recibías una indulgencia plenaria justo antes de morir, ibas directo al cielo, independientemente de los pecados que hubieras cometido. Pero todo esto tenía truco: había que mostrar una «disposición adecuada» para que la indulgencia fuera válida, y eso no casaba de ninguna manera con un espíritu calculador que mirara por el interés propio. De hecho, nunca podías estar totalmente seguro de tener la disposición adecuada, y cabía la posibilidad de que te pasaras la vida acumulando indulgencias sin validez alguna. Resultaba más sensato, por lo tanto, dedicárselas a las almas que ya penaban en el purgatorio, porque, gracias a la generosidad de esta acción, tu disposición adecuada quedaba más o menos demostrada. Por supuesto, en ese caso, dichas indulgencias no te servirían de nada cuando tú llegaras al purgatorio, pero siempre tenías la esperanza de que los que seguían abajo te prestaran el mismo servicio y de que las almas a las que habías ayudado a llegar al cielo intercedieran en tu favor. La Iglesia de Cristo se hallaba dividida en tres grandes secciones: la Iglesia militante (los que están en la Tierra), la Iglesia purgante (los que están en el purgatorio) y la Iglesia triunfante (los que están en el cielo).

* * *